

Brasil y Portugal

José María Eça de Queirós

Los periódicos ingleses de esta semana se han ocupado prolijamente de Brasil. Un corresponsal del *Times*, encargado por esa gran institución de ir al continente americano a hacer una «investigación social» definitiva, nos ofrece ahora, en artículos densos y macizos, el resultado de un año de viajes y de estudios.

El último artículo está dedicado a Brasil. Naturalmente, como no he visitado nunca el imperio, no tengo autoridad para valorar esas revelaciones –porque el corresponsal adopta la actitud de un revelador– sobre la religión, la cultura, la producción, el comercio, la emigración, el carácter nacional, el nivel de la educación, la situación de los portugueses, la dinastía, la Constitución, la república, *et de omni re brasiliensi*¹; y tampoco puedo transcribirlas porque rellenan, en la enormidad del *Times*, más espacio del que ocupa el propio Brasil en el territorio de América del Sur. Este artículo ha suscitado el interés y los comentarios de la *Pall Mall Gazette* y de otros periódicos, y desde entonces se ha comenzado a hablar de Brasil con simpatía, con curiosidad, con esa ingenua admiración por su espléndida flora, con ese asombro medio atemorizado por su inmensidad, que experimentaron nuestros antepasados, cuando el bueno de Pedro Álvares Cabral, zarpando al encuentro del Preste Juan, regresó con la rara noticia de haber vislumbrado las tierras de Brasil...

Como debo mostrarles la actual opinión de Inglaterra sobre Brasil, de entre todos esos floridos artículos, escojo el del *Times*, anotando y glosando el trabajo de su *enviado*, pues de esta respetuosa manera es como hay que hablar siempre de un corresponsal del *Times*.

El gran periódico de la *City* empieza diciendo que «la descripción del vasto imperio de Brasil con que termina la serie de las *cartas sobre el continente americano* habrá hecho que rebose el sentimiento de admiración por el esplendor, etcétera». Naturalmente, siguen veinte líneas de arrobamiento. Es una versión en prosa del aria del cuarto acto de *La Africana*, Vasco de Gama con los ojos llorosos y el corazón suspendido ante el embelleso de tantas flores prodigiosas, de tan raros cantos de tan extrañas aves...

¹ *Y de todos los asuntos de Brasil.*

Después viene el clásico espanto por la extensión del Imperio: «¡La magnitud de tamaño señorío –exclama– en manos de una diminuta porción de humanidad supone por sí solo un hecho lo suficientemente impresionante!».

Y sin embargo, esta admiración del *Times* hacia el gigante está entreverada de paternalismo, de conciencia de superioridad, que es la actitud habitual de Inglaterra y de la prensa inglesa para con las naciones que no tienen doscientos acorazados, un Shakespeare, un *Bank of England*, ni la institución del *roast beef*... En el caso de Brasil, el tono protector está teñido de simpatía...

Luego, el artículo prorrumpe en un nuevo himno: «La Naturaleza de Brasil no necesita de la ayuda del hombre para llenarse de abundancia y cubrirse de adornos... Para su propio deleite planta ella misma lujuriantes jardines. No hay un rincón selvático que no haga que se avergüencen los mejores invernaderos de Europa...». Todo esto es cierto; pero el *Times*, temiendo que sus lectores llegaran a suponer que la Naturaleza de Brasil está de tal modo repleta, tan indigestamente atestada, que no permite, que se niega con furia a recibir en su atiborrado vientre una sola simiente más, se apresura a tranquilizarlos: «Pero –dice el sabio periódico– aunque la Naturaleza pueda prescindir del trabajo del hombre, que otros suelos menos generosos precisan para entregarnos sus flores y sus frutos, *sin embargo, no lo rechaza*». Esto nos sosiega el ánimo, quedamos convencidos de que ningún hacendado, en los lejanos cafetales, al arrojar a la tierra, a la *madre tierra*, con el golpe fecundo de la azada, la simiente inicial, corre el atroz riesgo de ser atacado por ella a pedradas o a platanazos... No podemos esperar otra cosa de la dulce y pacífica Ceres.

Después de este lírico desfile, con el penacho oratorio al viento, el *Times* ataca con las ideas prácticas. Comienza declarando que, según el copioso relato de su corresponsal, «lo que sorprende en América del Sur –si exceptuamos la franja de tierra que forma la república de Chile, y algunos pedazos de la costa del enorme imperio de Brasil– es la magnitud de tales recursos comparada con la decepcionante pobreza de los resultados». Sería fácil responder con la escasez de la población. El *Times*, por otra parte, lo sabe muy bien, porque nos habla después de la población en las repúblicas españolas, pero no la considera escasa, la considera torpe... La pintura que nos ofrece de Perú, de Bolivia, de Ecuador y compañía, es negra y feroz: «Aquella gente vive en una vil indolencia, que no es incompatible con una gran arrogancia y una excesiva vanidad. Sólo por accesos de frenesí político sale de ese torpor. Todo el trabajo que allí se emprende para que la Naturaleza produzca sale de los extranjeros, los naturales se limitan a envidiar-

los, a detestarlos porque ven que aprovechan oportunidades que ellos no se rebajarían a aprovechar». Todo esto es cruel; no sé si es justo, pero entre líneas palpita el rencor de un propietario de bonos peruanos devaluados. «Y si nuestro corresponsal –continúa el artículo– presenta tan favorablemente Brasil a nuestra admiración, no es de un modo absoluto, es de forma relativa, en contraste con los países que casi lo igualan en ventajas materiales, como Perú y el Río de la Plata, pero en los que las luchas intestinas devoran y destruyen todo el progreso que nace de la actividad extranjera. Brasil es portugués y no español, eso lo explica todo. Su sangre europea procede de aquella parte de la península ibérica donde la tradición ha sido la libertad triunfante, nunca suprimida». El *Times* se abandona aquí con exceso a las exigencias rítmicas de la frase, parece creer que desde la batalla de Ourique hemos estado caminando por una ancha y luminosa senda de ininterrumpida democracia...

Pero, después, continúa: «Cuando Brasil rompió sus lazos coloniales no tenía que olvidar desagradables recuerdos de tiranía y de rapacidad, ni tuvo que suprimir completamente los vestigios de un ingrato pasado». Por supuesto, pobres de nosotros, nunca fuimos para Brasil más que unos amos amables y timoratos.

Nos encontrábamos con esa tierra en la triste situación de un viejo hidalgo, decrepito y solterón, desdentado y torpe, que tiembla y babea ante un ama de llaves joven y bonita. En realidad, nosotros éramos la colonia; y con atroces sobresaltos del corazón, entre una salve y una exposición del Santísimo, extendíamos hacia allí la mano pidiendo limosna...

El *Times* prosigue: «A pesar de su independencia, Brasil permaneció con la nacionalidad portuguesa y con un espíritu semieuropeo. Por el simple hecho de sentirse portugués, el pueblo brasileño siempre ha tenido, y aún lo conserva, el instinto del deber superior que le incumbe: sacar el mejor partido de su noble herencia... Sean cuales fueren los errores de Portugal, no puede decirse que se haya conformado nunca con la mera abundancia de sus posesiones, sin procurar sacarles todo el provecho...». El *Times* aquí se adormece, como el secular Homero.

Precisamente lo que nos preocupa, lo que nos agrada, lo que nos consuela es contemplar *simplemente el número* de nuestras posesiones; ponerles el dedo encima recorriendo el mapa y hablar de papo, *ore rotundo*²: «Tenemos ocho, tenemos nueve, somos una nación colonial, somos un genio marítimo...». En cuanto a lo de *sacarles todo el provecho*, de la sentenciosa frase del *Times*, de esos mezquinos detalles no se preocupa ni

² Con lenguaje armonioso.

el alcaide ni los nietos de Alfonso de Alburquerque... Pero el *Times* prosigue: «El imperio colonial de Portugal tal vez se haya caracterizado en otros tiempos por el infortunio, casi nunca por la parálisis». *Tal vez* queda muy bien para el imperio de Oriente, que es, en nuestra historia, uno de los más repulsivos monumentos a la ignominia de todos los tiempos... Continuemos.

«De la sensatez de la que Brasil hace derivar su actividad, se deriva también —lo que no es menos importante— el respeto por la opinión de Europa. El holgazán de las calles de Lima, de Caracas o de Buenos Aires muestra un soberano desprecio por las opiniones que Europa se forme sobre sus tragicomedias políticas... No es consciente de nada, excepto de su *sangre castellana*... Lamenta, claro está, el inconveniente de haber sido expulsado del crédito y de las bolsas de Europa... Pero considera esta circunstancia sólo por los inconvenientes puntuales que le produce. El financiero brasileño, sin embargo, dedica una tan respetuosa atención a la *temperatura* de las bolsas de París y de Londres, como a la del propio Río de Janeiro...».

El *Times* aprecia en este síntoma la consideración que Brasil tiene por la opinión de Europa.

Pero donde el *Times* se engaña es cuando pretende que Brasil le debe a su sangre portuguesa esa hermosa cualidad de prestar atención a las opiniones del mundo civilizado. No hay un país en el universo donde más se desprecie, según creo, el criterio de Europa que en Portugal; en este punto somos como el holgazán de las calles de Caracas, que tan pintorescamente nos presenta el *Times*. Porque yo llamo desdeñar la opinión de Europa a no hacer nada por ganarse su respeto. En efecto, la opinión que se tiene de Portugal más allá de Badajoz no nos resulta favorable, lo sabemos muy bien y no nos preocupa. No estoy hablando de Portugal como Estado político. En ese aspecto gozamos de una razonable simpatía. Está claro que no damos a Europa ningún quebradero de cabeza, mantenemos un orden suficiente dentro de nuestras fronteras, nuestra administración es correctamente liberal, satisfacemos honradamente nuestros compromisos financieros...

Somos lo que puede llamarse un *pueblo de bien*, un *pueblo buena persona*. Y la nación, vista desde fuera y desde lejos, tiene el aire honesto de una pacata casa provinciana, silenciosa y callada, donde se intuye a una familia comedida, temerosa de Dios, a bien con el alcalde y con los ahorros en un calcetín... Europa reconoce todo esto, y aún así nos mira con un manifiesto desdén. ¿Por qué? Porque nos considera una nación de mediocres. Digamos francamente la cruda palabra: porque nos considera una *raza de estúpidos*. El propio *Times*, ese oráculo augusto, escribió en una ocasión que Portugal era, intelectualmente, tan caduco, tan reaccionario,

tan fósil, que se había convertido en un país bueno para pasar de largo y arrojarle piedras (textual).

El *Daily Telegraph* debatió en un artículo de fondo el siguiente problema: ¿es posible penetrar en la espesura de la ignorancia lusitana? Tales observaciones, además de descorteses son también perversas. Pero la verdad es que en una época tan intelectual, tan crítica, tan científica como la nuestra, naciones o individuos no se ganan la admiración universal sólo por tener urbanidad en las calles, pagar religiosamente al panadero, y obedecer, con la cabeza gacha, los edictos del Gobierno Civil. Son excelentes cualidades, pero resultan insuficientes. Hace falta algo más, hace falta una cultura fuerte, una fecunda elevación de la inteligencia, una delicada educación del gusto, una base científica y la pizca de idealismo que en Francia, en Inglaterra, en Alemania, inspiran la triunfante marcha hacia adelante en el orden intelectual, y que en las naciones con menos facultades creadoras, en la pequeña Holanda o en la pequeña Suecia, producen un conjunto eminente de sabias instituciones, que son, en el concierto social, la materialización de las formas superiores del pensamiento.

Se me dirá que soy absurdo hasta el punto de querer que haya un Dante en cada parroquia, y de pedir que los Voltaire broten con la profusión de los hongos. ¡Dios santo! Claro que no. Yo no exijo que el país escriba libros, ni que produzca arte, me conformaría con que leyese los libros que ya están escritos y con que se interesase por las artes que ya se han creado. Su esterilidad me asusta menos que su indiferencia. El doloroso espectáculo es verlo postrado en el marasmo, sin vida intelectual, ajeno a toda idea novedosa, hostil a cualquier originalidad, grosero y aldeano, amodorrado en un rincón, con los pies al sol, el cigarro en los dedos y papando moscas... Esto es lo que duele.

Y lo más curioso es que el país tiene una muy nítida conciencia de este mortal entumecimiento, y del descrédito universal que le acarrea. Para que vibrara la fibra nacional, con ocasión del centenario de Garçon, el grito que se utilizó fue éste: —¡Mostremos al mundo que todavía estamos vivos, que todavía tenemos una literatura!

Y el país sintió agudamente la necesidad de afirmar en voz alta, a toda Europa, que aún le quedaba una pequeña luminaria dentro del cráneo. ¿Y qué es lo que hizo? Llenó los balcones de banderitas y reventó de júbilo la piel de los tambores. Hecho lo cual, se tendió con la barriga al sol, se cubrió la cara con el pañuelo del rapé y regresó a su eterna siesta... De lo que deduzco que Portugal, negándose a dar el menor paso en las letras o en la ciencia para merecer el respeto de la Europa inteligente, muestra, como el holgazán de Caracas, el más soberano desprecio por las opiniones de la